



Entrevista

Freddy Téllez

“El pensar es una manera de expresión de la biografía de un pensador”

Óscar Jairo González Hernández

El filósofo y escritor colombiano Freddy Téllez (1946), residente en Laussana (Suiza), licenciado en Filología Románica (Leipzig) y doctor en Filosofía (París), publicó recientemente su libro *Filosofía Nómada. Itinerarios*, el cual fue presentado en el III Congreso Iberoamericano de Filosofía, realizado en la Universidad de Antioquia el pasado mes de junio.

Téllez, quien se ha interesado de manera permanente por establecer un puente entre la filosofía y la literatura, considera ésta como una de sus principales preocupaciones y así lo manifiesta en obras como: *Palimpsestos. Los rostros de la escritura* (1990) y *La ciudad interior* (1990), *Del pensar breve* (1993), *Filosofía y extramuros* (1999) y *Mitos: Filosofía y práctica* (2002), entre otros. Asimismo, en las respuestas que de manera solicita y amable dio a los interrogantes que le formulamos a través de internet, a propósito de los temas que aborda en su nuevo libro.

Freddy Téllez ha sido un nómada de la filosofía y de la literatura, y este nomadismo también coincide con el de su vida académica, que lo ha llevado a desempeñarse como profesor en las Universidades Nacional y del Cauca, en Colombia, en la Universidad Central de Venezuela, en Caracas; y en la Universidad Popular de Laussana. También en su nomadismo ha hallado vínculos entre autores como: Cioran, Rosset, Caraço, Barthes, Frochoux, que bien podríamos considerar pensadores y escritores extra-territoriales.

Para Téllez el ser nómada y exiliado le ha proporcionado elementos fundamentales y fundadores de su discurso, y a la vez una orientación para sus lecturas y para su escritura heterodoxas. Por ello expresa, en relación con el ser nómada y exiliado, que:

El sentido, la perspectiva del itinerario y del nomadismo es intencional. Es parte de mi vida. No obstante, y al mismo tiempo, es una perspectiva impuesta

por mi situación de exiliado en este mundo. Es mi vida tal como se ha desarrollado, su acaecer misterioso—como el de cualquier otro, por lo demás—, la que me ha llevado a asumir esa perspectiva determinada, y no otra [...]

En todos sus libros Freddy Téllez y concretamente en “*Filosofía Nómada. Itinerarios*” (2008), da cuenta de lo que un ensayista como él, un lector como él, puede realizar desde la perspectiva de la más lúcida y crítica heterodoxia o como el llama: Nomadismo. De lo nómada, del transitar, del moverse de un conocimiento a otro, de una estética a otra, de una forma crítica a otra, manteniendo un hilo conductor, una nueva coherencia, una densidad de examen intensa y densa. La densidad no muere en la intensidad, como se ha concebido hasta ahora. Téllez no establece un territorio o un dominio del conocimiento, del deseo del conocimiento, sino que lo dimensiona, lo vuelca en nuevo deseo. Todo es dominio del nómada, como nos lo dice

en esta entrevista, tras inquirirle alrededor de su libro *Filosofía Nómada. Itinerarios*.¹

—¿Qué rol desarrolla hoy el intelectual en la sociedad contemporánea? ¿Consideras que tras mayo del 68 el intelectual es necesario o no?

—Me resulta difícil responder a esta pregunta, porque, si bien soy un intelectual, no estoy integrado en un circuito de transmisión de ideas o en un espacio de confrontación social y político. Soy un exiliado voluntario, es decir, alguien que asumió en un momento dado cortar las amarras con su país, con todo lo negativo y positivo que eso implica. No fue algo fácil para mí; mucho más cuando cambié de área lingüística, sin llegar, como pudiera pensarse, a adoptar del todo la nueva lengua. Continúo escribiendo en español, en un país donde es una lengua inexistente, más que minoritaria. Eso me descentra, sin duda. Soy como una pieza rara que continúa haciendo un ruido solitario, inaudible en el espacio donde vivo, y sólo fructífero a medias, pues he publicado sobre todo a cientos de miles de kilómetros de donde llevo mi propia vida. Esto significa que soy visible e invisible a la vez. Es como lo que hago al escribir un ensayo: mostrarme y ocultarme a la vez. Para un intelectual comprometido mi situación es a todas luces aberrante e incluso condenable. No hay que olvidar que todo espacio social es exigente, te empuja y obliga, sin que lo quieras. Desde esa perspectiva, mi condición de intelectual exiliado me permite situarme por encima de la pelea, digámoslo así. Y con respecto a Colombia, eso no

es despreciable, si se piensa en el altísimo grado de paranoia e intransigencia política que reina en el país. En mi modesta y atrevida opinión, Colombia está enferma, profundamente enferma desde el punto de vista del debate social y político, de la lucha de ideas. Cuando son las armas las que suplantán la discusión, y las ideas son reemplazadas por ideologías estáticas que han perdido vigencia hace ya décadas, no hay nada que hacer: algo está podrido y fuera de sus goznes, para hablar como Shakespeare. La enfermedad que padecemos los colombianos se llama violencia, y ésta no sólo es política, sino social y cotidiana. Hace poco leí una estadística al respecto, que constata que en el país mueren más personas por causas de violencia que por motivos de enfermedad. Es lamentable, pero es así. Mi exilio en Suiza me hace ver las cosas de otra manera. Vivo en una nación que ha llegado a ser un modelo de tolerancia y convivencia: culturas, lenguas, religiones, opiniones diversas y opuestas que se pusieron de acuerdo desde el siglo XIII—muchísimo antes que otros grandes países soportes de la modernidad—, y que continúan hoy arreglando sus conflictos en paz. ¿Es ideal, no? No me asombra que ciertos políticos e intelectuales en otros países, con otra historia, hayan considerado—pienso en Vaclav Havel, por ejemplo— que Suiza es un modelo a seguir. Estoy de acuerdo, aunque veo la dificultad que pueden tener otras naciones para asimilar esa vía, para ponerla en marcha. Si se piensa en Colombia, en China, en Cuba, en Irán, en Corea del Norte, es casi utópico un propósito tal.

—¿Qué te impulsa a escribir? ¿Qué disciplina o indisciplina tienes?

—La escritura es para mí el verdadero hogar, el auténtico refugio. Es por ella que he afrontado, en un romanticismo digno de reflexión, el mar agitado del exilio. Es la escritura la que me ha llevado a tirarme al vacío, abandonando varias veces todo lo que otros consideran las marcas del éxito: prestigio académico, situación económica, renombre periodístico, etc. La escritura literaria me ha llevado a cuestionarme a mí mismo, a verme, en el sentido lato del término. Al respecto he producido algunos textos: *Mi biblioteca y yo*, que se puede leer hoy fácilmente en el sitio web de la Biblioteca Luis Angel Arango, y una que otra obra narrativa inédita. Esa relación particular con la escritura y el vacío la he tratado en una trilogía, que duerme entre cajones a falta de encontrar un editor. Lo que he escrito en literatura forma parte del autocuestionamiento, de la autoindagación, de la autoficción.

—¿Qué es lo que denominas “itinerarios” y “pensamiento nómada”? ¿Desde qué perspectiva hablas y cómo se revela en tu libro? Bloch hablaba de “intersticios” y Deleuze de “pensamiento nómada”. ¿Con qué está relacionado este último? ¿Con tu propio exilio, con un territorio poseído y extraviado?

—Primero que todo, los términos “itinerarios” y “filosofía nómada”, se refieren a la estructura abierta, movable, del contenido del libro. En él me desplazo por terrenos distintos, como si fuera un viaje que no respetara fronteras y especia- lismos. El término “itinerarios”

subraya así la importancia del caminar en el pensamiento y en la escritura. Lo mismo podría decirse de la noción de “pensamiento nómada”. No soy de aquellos que consideran la filosofía, el pensar, la escritura, como una profesión asentada y rutinaria. En mi libro *Del pensar breve*, un aforismo ironiza acerca de ese sedentarismo de la racionalidad: “¡Estaba tan cansado después de ocho horas seguidas de pensamiento, que ya no podía escribir!”.

En ese sentido, la perspectiva del itinerario y del nomadismo es intencional. Es parte de mi vida. No obstante, y al mismo tiempo, es una perspectiva impuesta por mi situación de exiliado en este mundo. Es mi vida tal como se ha desarrollado, su acaecer misterioso—como la de cualquier otro, por lo demás—, la que me ha llevado a asumir esa perspectiva determinada, y no otra. Estoy convencido de que el exilio nómada nos prepara, mejor que el sedentarismo, a recibir en nuestro estrecho pecho la inmensidad del mundo, su rica diversidad. Eso intenté en ese libro. Es fácil ver, entonces, que formo parte de quienes estiman que vida y pensar se interrelacionan. El pensar es una manera de expresión de la biografía de un pensador. El escritor, el filósofo, el pensador no vive en una estratosfera ideal; lo que produce proviene de manera incierta, velada, más o menos directa o indirecta, de su propia forma de vivir. Y la propia vida la hace y la deshace uno mismo, a veces con la intervención de otros, por supuesto, pero sin que se sepa bien por qué ni cómo. Es pues un problema consciente e inconsciente, intencional y no intencional, al mismo tiempo.

Ese es el enigma de la vida de un creador: que todo lo que él produce, sin que se dé cuenta, no hace sino configurar su propio rostro. Creo que hay una frase de Borges que sugiere algo similar. Eso significa que no podemos saltar por encima de nuestra propia sombra. Pues si estamos condenados, como dirían Sartre y Spinoza, a ser lo que somos, estamos igualmente condenados a hacer lo que somos.

—*En tu construcción de una formación crítica, qué va en tu mundo de un libro como Filosofía y extramuros (1999) a este de Itinerarios?*

—En términos generales no veo mucha diferencia entre ambos. El recorrido y las propuestas son casi lo mismo. En el primero que citas, aporto, por ejemplo, una entrevista con Clément Rosset. En este último, regreso a este autor en un ensayo y ofrezco otra entrevista: con Claude Frochoux, totalmente desconocido en nuestro medio. Como ves, en ambos libros intento, pues, difundir personajes y autores ignorados o poco conocidos en general. Es el caso también de Albert Caração, de quien hablo y traduzco algunos de sus textos en *Filosofía y extramuros*. Entre tanto, el libro de Albert Caração que le propuse traducir en los años noventa a una editora bogotana, escribiendo para ese propósito el texto que aparece en ese libro, fue traducido en 2006 por la editorial Sígueme de Salamanca. Argucias de la vida, pues recuerdo que la editora mencionada descalificó mi propuesta por estimar que a ese autor no valía la pena hacerlo conocer. De Albert Caração existen ya dos libros en

español: *Post Mortem* y *Breviario del caos*. Poco a poco, de ese pensador decimonónico ya no se puede afirmar, con la misma certeza con que lo hice en ese ensayo escrito en 1993, que es un “desconocido radical”.

Pero, para regresar a tu pregunta, debo decir que yo vería diferencias no entre esos libros citados, sino entre, por ejemplo, *La sexualidad del feminismo* de 1987 o mi libro inédito sobre Carlos Marx y Wilhelm Reich, escrito unos años antes, y el resto, o casi, de mi producción. Quiero decir que, en esos primeros libros, mi Yo autor era distinto al que me habita hoy. Es allí donde el nomadismo entra a desempeñar un papel. Si observo a distancia lo que he escrito desde hace unos veinte años desde, digamos, *De la praxis* de 1985, hasta ahora, debo constatar que mi pensamiento se ha desligado de una fuerte preocupación por la afirmación sistemática y convencida de tener razón. El nomadismo es así una forma de escepticismo sano ante las ideas, que me ha llevado a adoptar el aforismo en *Del pensar breve* (1993), o la forma soberana del ensayo, en otros de mis libros similares a este que motiva nuestra entrevista. El ensayo sobre alguien o acerca de un tema permite pronunciarse sin mostrarse mucho. Es una manera suave, leve, de afirmar. El aforismo también. Y todo ello, claro está, sin mencionar mis escarceos narrativos, tipo *La ciudad interior* (1990), que se inscriben asimismo en un espacio de fragilización intencional del Yo dogmático y puramente teórico.

—*¿Por qué tu interés constante por Cioran o Caração? ¿Qué nos puedes decir de esa relación*

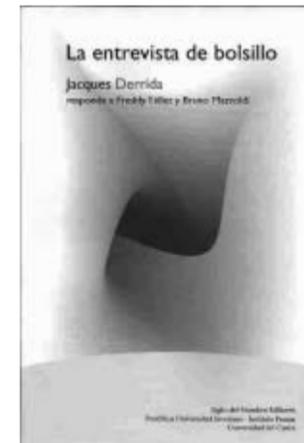
tormentosa y saludable con cada uno de ellos?

—No creo que se pueda hablar de interés constante por Caração. No he vuelto a escribir sobre él, ni inspira mi pensamiento, como sí ocurre con Cioran o Clément Rosset. A estos dos autores les debo mucho; sobre todo el haberme ayudado a romper con el universo dogmático y autosuficiente de mi marxismo de juventud. Son pensadores que sacuden, que no lo dejan a uno indiferente después de haberlos frecuentado. Cioran me empujó, con Nietzsche, a introducirme en esa materia voluble y exigente que es el aforismo. Todavía continúo escribiendo.

—*Con su libro La sexualidad del feminismo, suscitaste posturas radicales: ¿cómo te sitúas hoy ante él?*

—Aparte de lo que ya he expresado con respecto de mi distanciamiento ante su conformación sistemática y segura de sí, no creo, sin embargo, que deba considerarlo como un libro despreciable en mi producción. Todo lo contrario. Me sorprende saber que ningún filósofo colombiano de mi generación sintió, o ha sentido, la necesidad de confrontarse con ese universo. Soy, si no me equivoco, el único y el primero en haberlo hecho. Hecho curioso, sin duda, y que no deja de satisfacer mi vanidad, por desgracia. Recuerdo que lo escribí como una especie de complemento a mi tesis de doctorado en París, y que en un momento dado me planté la cuestión de si debía tomarlo como referencia para escribir mi Tesis de Estado, como denominan en ese país a la habilitación para la enseñanza universitaria. Le pregunté entonces a Gilles

Deleuze si estaba de acuerdo con dirigirme una tesis sobre el feminismo, y me respondió bastante seco que no le interesaba en absoluto. Fue como si le hubiera nombrado al diablo al soltar la palabrita “feminismo”. No me dieron ganas ni siquiera de explicarle lo que yo pretendía hacer con ese tema, para llamarlo así. Como ves, la soledad de la que hablo es



justificada, en cierta forma. No ya hoy, claro está. Varios pensadores de talla se han “dignado” meterse con el asunto: Touraine, Bourdieu, Lipovetsky, etc. Hoy, el feminismo, o lo que tiene que ver con esa denominación, no es el coto reservado de las solas mujeres, si bien continúan ellas alborotándose cuando un hombre mete la nariz adentro.

Ahora bien, no creo que sea un libro feminista, en el sentido estricto del término. Es un libro que analiza la cuestión feminista en el conjunto de las relaciones sexuales entre humanos. Por eso afirmo en éste que el “problema” de la mujer es asimismo un “problema” del hombre. Los análisis que contiene de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, me parecen aún hoy conservar un cierto interés, en términos globales.

A ese respecto te cuento otra anécdota. En un momento dado de la escritura del libro, sentí la necesidad de confrontar mis tesis con una feminista. Me dirigí entonces a *Le Temps Modernes* y dejé allí partes del libro para que lo leyera Simone de Beauvoir, y eventualmente para que lo publicaran. Me interesaba ver qué podía pensar ella de mi crítica. Supe que alguien le tradujo directamente la lectura. Pero su respuesta fue tan seca como la de Deleuze. Me hizo saber, por uno de sus colaboradores, que la revista no publicaba artículos consagrados a uno de sus fundadores históricos. Eso fue todo. Ni una sola palabra acerca del contenido. Ingenuidad de mi parte, debo agregar. Tal vez, entonces, el tono general del libro lo da su epígrafe: “A las feministas segregadas y atacadas por los militantes políticos, y a los hombres-feministas segregados y atacados por las feministas”.

—*¿Cómo decides o en qué etapa de tu reflexión y tu lectura, consideras el momento de escribir, de darle forma a un ensayo acerca de Barthes, Sartre o Camus, o a un libro determinado, cómo lo llevas a cabo en este libro?*

—Oh, ahí juega mucho el azar. Muchas veces se trata de un interés producido por una demanda social, de una revista o por tu trabajo, etc. Es quizás en un cierto momento, cuando ves que de todo eso puede salir un libro, que te propones un plan preciso, es entonces cuando aparece un interés de coherencia, es decir, una intencionalidad determinada. Ese libro tenía más ensayos y páginas de las que posee ahora, ya publicado. Era tal vez más osado en su estructura noma-

da, itinerante, transgresora de géneros y fronteras, pues contenía una parte de narrativa y algunas noticias crudas sobre Europa, sección que mantuve y mantengo en revistas filosóficas universitarias colombianas. Pero un libro así, abierto y subvertor, no lo decides solo. La confrontación con el otro, con el crítico, con el editor, es en ese sentido muy importante, aunque a veces dolorosa para la vanidad del autor. Es así como toma forma. Hay que saber hacer compromisos.

—*¿En qué medida de tus reflexiones es básica la relación entre filosofía y literatura?*

—La relación entre estos dos vertientes es para mí muy importante. Mis intentos filosóficos dependen mucho de ella. Voy a explicarme dando una vuelta algo teórica. Considero que la filosofía es un terreno que limita al menos con tres otros: la teología, la ciencia y la literatura. Al inicio, en la época griega fundadora, era esta última quien daba el tono, pues ni la ciencia ni la teología estaban conformadas del todo, y la literatura se adaptaba al espacio filosófico en cuanto ejercicio del uso de la lengua, como la retórica y la dialéctica, es decir, el arte de discutir y razonar. La evolución de la sociedad humana occidental ha llevado a la separación progresiva de esos terrenos, sin que por ello se pueda decir con absoluta certeza que la filosofía sea un dominio autónomo del todo. Yo creo más bien que la filosofía es un saber mixto, a caballo entre el rigor del discursar racional (la ciencia), las posturas metafísicas incontroladas e incontrolables (la teología), y el juego abierto y subversor de lo literario. La filosofía se hace

en el forcejeo constante con esos vecinos autónomos, más o menos agresivos. Ella está sin cesar delimitándose entre esas tres disciplinas, llamémoslas así. La tonalidad científica, teológica o literaria de un filosofar dado, depende así del enfoque, de las preferencias, del trabajo autónomo de cada filósofo. Personalmente, yo tiendo a inclinarme en mi actividad del lado de la literatura, antes que de la ciencia o la teología, en el sentido en que prefiero un saber de tipo socrático que no sabe nada, a la certeza hegeliana fundamental y absoluta. La figura ideal del filósofo, como yo lo concibo, debe saber burlarse de sí mismo, de lo que hace, y para ello lo ayuda más la literatura que la ciencia o la teología. De ahí mi gusto por el aforismo y por el filosofar a escondidas, entre los intersticios de la reflexión sobre algo o alguien. Por eso también no comparto la opinión de quienes piensan que filosofar es enemistarse con el buen uso de la lengua, disertando en una jerga abstrusa y encerrada. Detesto los círculos y escuelas que se autovalidan, los seguidores ciegos que repiten al Maestro, moviéndose en el espacio cerrado de sus invenciones lingüísticas. Veo la filosofía como una actividad soberana y solitaria, aunque abierta al mundo y al otro. Y esa apertura pasa de manera obligada por el uso de una lengua común a todos. Me parece esencial practicar un filosofar accesible a cualquiera. Todo puede decirse de una manera sencilla, como Wittgenstein afirmaba con justeza.

Por otro lado, he tenido la suerte de poder nadar un poco en aguas literarias, escribiendo textos narrativos. Mi libro *La ciudad interior*, que ha mere-

cido la atención de tesinas universitarias en Colombia y Venezuela, es para mí motivo de orgullo, sin duda. Es uno de mis preferidos. Por desgracia se conoce muy poco en nuestro país, pues el editor madrileño, que entre tanto quebró, no quiso enviar ejemplares a Colombia con el argumento de que los libreros son malos pagadores. Yo dejé al comienzo unos pocos volúmenes en la Lerner, en uno de mis viajes a Bogotá, y de ahí se difundió por fotocopia. Es a partir de fotocopias que profesores como Jaime Alejandro Rodríguez o Cristo Figueroa lo utilizan en sus cursos.

—*¿Qué consideración te merece la poesía? ¿Es principio básico en tu relación con el mundo y con el conocimiento?*

—Es un principio esencial, pero con el cual poseo, no obstante, una relación particular. Empecé escribiendo poesía, como todo joven que se respete. Y hasta di recitales, si pudiera llamar así las lecturas públicas que hice con un amigo, Armando Orozco, en la agitación de la militancia política. Mi modelo era Carlos Castro Saavedra, para darte el tono de lo que hacía. Después, un día, sin saber por qué, quemé todo lo hecho. No dejé una sola huella. Continué, sin embargo, leyéndola, es decir, frecuentándola de otro modo. Después, mucho después, cuando empecé a escribir aforismos, me di cuenta de que a veces me metía, sin quererlo, en el terreno de lo poético. Bastaba cambiar el modo de concatenación de las palabras para caer por fuera o por dentro de la poesía. Lo digo acaso de una forma abrupta, pero era, y es, más o menos así. Escribir aforismos es colindar de manera especial con el dominio

de lo poético, moverse entre sus corrientes, que fluctúan a su vez, como tú dices, entre el mundo y el conocimiento. Hoy continúo confrontándome, al escribir un aforismo, a ese juego sutil de fronteras. No dejo entonces de correr el riesgo de salirme de una frontera para tropezarme con otra. Sé que un aforismo no es quizás un poema, y que éste no se reduce a un simple ordenamiento caprichoso de palabras. Pero, ¿dónde se separan?, ¿dónde están sus límites? Problema espinoso por excelencia. Sea como sea, a veces adopto la forma del poema, escribiendo un aforismo, por simple rechazo al profesionalismo excesivo, dogmático, de los críticos que sacralizan lo poético, fijándolo en modelos exclusivos. Si en verdad el poema es primordial, en cuanto al mundo y al conocimiento, para retomar de nuevo tus términos, no veo por qué encerrarlo en esquemas sólo profesionales. Si la poesía es la geometría por excelencia, como lo formula Lautréamont, no hay que olvidar que toda geometría es variable, es decir, que no hay geometría sino en plural. El poema no es pues una forma establecida de una vez por todas; el aforismo tampoco: ambos son más bien estadías precisas y fugaces de estar en el mundo, de habitarlo y conocerlo, sin agotarlo nunca. Es quizás en ese sentido que hay que entender esa otra frase de Isidore Ducasse: la poesía debe ser hecha por todos, no por uno. ■

Óscar J. González H. (Colombia)
Coordinador Ruta en Estudios Estéticos de la Universidad EAFIT.

Notas

1 Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2008.

ESCRITURA

Dios no sabe nada de este bosque.
Distraído como toda divinidad, este cielo
es distante para él.

Ignora
estos árboles, rodeados de vuelos oscuros.
Ajeno a la noche, no escucha el canto del
aquejarre,

ni la palabra rescatada
de cofres enterrados.
Nada sabe
del hechicero mayor que anima la fiesta
nocturna

entre follajes olorosos. Nada
de oscuros elementos. Indolente duerme él,
mientras

arden las hogueras.

Luis Eduardo Gutiérrez Lozano (Colombia)

Los Cuadernos de Franz